



RUBÉN CHACÓN - @Filosocine

Ciegos jugando al ajedrez sin piezas

2ª parte de la reflexión

inspirada por la película *Vanishing Waves*, de Kristina Buozyte (2012)

SOLO PODEMOS SABER QUE EXISTIMOS A TRAVÉS DE NUESTRAS RELACIONES

Hemos visto que la ciencia, en sus aspectos más fundamentales, describe los componentes del mundo físico en función de las relaciones que mantienen entre ellos. No importa realmente de qué estemos hechos, ¿a quién le importa nuestra esencia...? ¿Acaso alguien se preocupa por la angustia o el estrés que sufre un electrón dentro de un acelerador de partículas? Como siempre exagero, ¿verdad?

Pero, ¿acaso hay tanta diferencia? Los electrones viven en el mundo de las matemáticas. Nosotros en el de la ingeniería financiera. Ellos en lo micro. Nosotros en lo macro. Pero ambos somos ecuaciones, números característicos, masas y cargas... Valencia que aspiran a indicar cómo nos comportaremos cuando interactuemos con otros cuerpos o partículas. Nos dicen que nuestra masa (¿salarial?) es equivalente a nuestra energía (¿vital?), pero realmente nadie nos dice qué es una y qué es la otra. A nadie parece importar de qué estamos hechos los electrones o los humanos, más allá del resultado de nuestra desaparición en un sistema de trabajo, o por el hecho de que es una cantidad que, independientemente de nuestra existencia, no se crea ni se destruye, sino que se conserva.

Al contrario que las bestias, los oligarcas y los elementos de la tabla periódica, los hombres y las mujeres comunes somos arrojados a este mundo sin siquiera una valencia que llevarnos a la boca. Al nacer no somos más que existencia: puro proyecto de futuro. Nadie puede asignarnos un grupo ni un período en el momento de nuestro nacimiento; nadie hay capaz de predecir si en nosotros palpita un halógeno o un gas noble. Incluso si vendremos al mundo con un espíritu tan indómito que aspire a ser ambos a la vez...

Los monarcas, los aristócratas y gentes de rancio abolengo nacen etiquetados y castigados a no poder ser algo distinto de lo que son. Pero los hombres y las mujeres comunes no adquirimos una esencia porque no tenemos un linaje que nos preceda y nos condicione. Llegamos al mundo obligados a elegir. Y al ir eligiendo nos vamos eligiendo a nosotros mismos: nos vamos dotando de esencia, la conquistamos.



Cuando Moisés pregunta a Dios por su esencia, éste le responde: “Yo soy el que soy”. Su respuesta es de lo más lógica, pues Dios no podría ser algo distinto de lo que es, de lo que ha sido y de lo que será, porque su divinidad y su perfección radican precisamente en su inalterabilidad. Su esencia es su inmutabilidad y viceversa. Sin embargo, si el caudillo hebreo le hubiese formulado la misma pregunta a Sartre, el filósofo francés, sin duda alguna, le habría respondido: “Yo no soy el que soy, porque soy el que no soy”. Porque para Sartre, ser humano es ser nada. Porque nada hay en mi conciencia cuando nazco. Porque mi conciencia, para darse su esencia, su ser, tiene que ir eligiendo, tiene que ir comprometiéndose. Y sólo eligiendo me voy a elegir: lo que yo vaya a ser dependerá de lo que hoy decida.

Es cierto que cuando llegue al mundo todo estará hecho. Es cierto que naceré en un país concreto y que seré hijo de mi época. Es cierto que ocuparé el espacio que me asignen y que emplearé mi tiempo conforme se me muestre. Es cierto que voy a crearme dueño de mi espacio y de mi tiempo, cuando son estas dos dimensiones las que me dimensionarán a mí. Es cierto que me hablarán en una lengua que llegará a mí. Es cierto que, cuando comience a hablar voy a hacerlo en esa lengua que habré recibido. Es cierto que voy a creer dominar esa lengua, y en realidad será esa lengua la que me domine a mí... Todo eso es cierto. Pero de todos modos, a pesar de todos estos condicionamientos, hay un momento en que todo hombre y toda mujer debe salirse del espacio para reclamar su lugar, abstraerse del tiempo para hacer suyo el instante, y dejar de hablar para pronunciar su palabra.

Y, sí, yo también creo que “un hombre es lo que hace con lo que hicieron de él”. Yo también creo en Sartre. Me corresponde hacerlo. Y también me parece de lo más coherente. No sólo porque le considero como el primer filósofo cuántico, sino porque me entusiasma la libertad de la conciencia que nos plantea. Me apasiona la manera de vivir que nos propone. Y yo elijo hacerla mía.

Claro que no todos los seres humanos son capaces de apreciar aquello que nos hace únicos. Algunos como Orestes en “*Las moscas*” sienten la libertad como una angustia. Preferirían no ser libres al fin y al cabo, porque si uno no es libre no tiene que andar eligiendo todo el tiempo. Prefieren que otros elijan por ellos. Asimilan lo que les dicen que tienen que leer, miran lo que les dicen que tienen que ver, escuchan lo que les dicen que tienen que oír... Heidegger diría de su existencia que es inauténtica, porque nunca ejercen un acto de libertad y, si les obligan a chocar, chocan...

EXPULSADOS DE LA REALIDAD

Nuestra sociedad (como el tubo del CERN en el que chocan sin remisión los electrones) se caracteriza por la aceleración. Todo, desde la economía, la política y las subjetividades, vive bajo el yugo de la eficacia y la rapidez. Somos sujetos estresados, ansiosos, dispersos, deprimidos, con prisa. Vivimos en la inmovilidad frenética, como afirma [Luciano Concheiro](#). “Constantemente se suceden eventos, pero ninguno con la densidad suficiente como para transformarnos, para que se vuelva una experiencia verdadera. Hay mucho movimiento pero no hay desplazamiento”, apunta el joven filósofo mexicano.



Nuestras existencias inauténticas son el resultado de un sistema ideológico, político y económico que lo que busca es generar ganancias eternamente. Y, toda vez que, como señaló Galbraith, “la economía opulenta ha alterado radicalmente las funciones de la economía [real]”, la aceleración es el único mecanismo para maximizar esas ganancias. Nuestras vidas están dedicadas al consumo de una obsesiva exageración productiva que ya no se rige por la demanda de los clientes, sino por la misma oferta que el sistema crea. Es importante entender que ese correr a ninguna parte no es tanto una proyección nuestra, como el resultado de las fuerzas que actúan sobre nosotros.

La misma tabla periódica cuyos elementos se pueden combinar sabiamente para producir tónicos y remedios que favorezcan el equilibrio natural, provee también de los ingredientes que manos avaras, corruptas y negligentes pueden transformar en venenos y elixires tóxicos. Del mismo modo que la economía de la necesidad (aquella que se ocupa de satisfacer las demandas naturales del cuerpo para su procurar su bienestar) se ha pervertido en una economía libidinal que únicamente responde a querencias mentales, necesidades simbólicas basadas en el lujo, potencialmente infinitas y cuyo carácter progresivo amenaza con desencajar la homeóstasis. No es por casualidad que las palabras lujo y luxación procedan de la misma raíz.

Vivimos un presentismo absoluto, sin esperanza de un futuro mejor y sin referentes hacia la tradición; suspendidos en un abismo, como en estado comatoso. Sin referentes hacia la tradición, se nos antoja inútil erigir nuestro presente sobre las estructuras sólidas que caracterizaron el pasado, toda vez que éstas se han licuado. No en vano, Zygmunt Bauman calificó (con notable y eficaz lirismo) de líquidos a nuestros tiempos, nuestros espacios, nuestros amores...





Siguiendo esta progresión, parecería lógico pues que el estado que defina el porvenir sea el vaporoso. Nuestro futuro, como el de los protagonistas de *Vanishing Waves*, es cuanto menos brumoso: no existen precedentes para una situación como la nuestra. Tampoco alternativas. El colapso entre los medios institucionales y las metas culturales resulta cada día más evidente. El acceso por medios legítimos a los objetivos que esta sociedad no se cansa de publicitar como exitosos, se le antoja imposible a toda una generación (si no a dos). Esta ausencia de ley u orden; esta incapacidad de la estructura social de proveer a ciertos individuos de las metas que propugna, es la misma a la que Émile Durkheim bautizó como anomia en *La división del trabajo social* (1893), y que desarrolló Robert K. Merton, en su *Teoría social y estructura social* (1949). La misma anomia que hoy parece campar a sus anchas por todo occidente y que se convierte en el mejor reclamo para que las hordas juveniles, expulsadas a patadas de lo real, rellenen su solicitud de asilo en otra realidad.

Casi un tercio de nuestra sociedad tiene se lamenta de que la pirámide de Maslow se encuentre fortificada desde la base hasta la cúspide. Sin embargo, estos jóvenes (y otros que no lo son tanto) no están dispuestos a renunciar a sus sueños de autorrealización y, cuales artistas lo virtual (o hackers de lo real, según se mire) han hallado su propia manera de satisfacer sus necesidades de seguridad, pertenencia y autoestima sin moverse de su habitación. Y, por lo que reflejan estudios como el llevado a cabo en 2015 por el Centro Reina Sofía ([Jóvenes y Comunicación. La impronta de lo virtual](#)), cuando el [75% de tu tiempo de vigilia](#), tu consciencia y tus interacciones se desarrollan en un determinado entorno, ese entorno pasa a ser tu realidad, por más que los acomodados burgueses que ocupan el fortín analógico se empeñen en calificar tu realidad como virtual.

Sin embargo, creo que el verdadero quid de la cuestión no radica tanto en el plano espaciotemporal en el que habita nuestro cuerpo, ni siquiera en el entorno real/virtual en el que se desarrolle nuestra consciencia, sino en cuáles son los escenarios en los que se hallan los compromisos de autorrealización que adquirimos con nosotros mismos, los entornos sobre los que nuestro cerebro extiende sus estrategias para perseguir nuestros objetivos, las pantallas sobre las que se proyectan nuestros anhelos de felicidad, los medios y los canales a través de los cuales encontramos factible vehicular nuestra trascendencia... “En Internet soy la que quiero ser. En clase y en casa soy la que me dicen que tengo que ser”, [escribía Zigor Aldama en El País](#), citando a la joven estudiante Li Yuan.

En esta misma línea argumenta César Moreno en el prólogo de *Filosofía y Realidad Virtual* (2008) al observar “la invasión contemporánea de realidades virtuales que a veces suplantán, invaden, representan, pero también potencian, facilitan y autentifican nuestro mundo”. Al igual que Antonio Damasio, en *El error de Descartes* (1994) es capaz de hacernos reflexionar sobre el sufrimiento que ha provocado entre los seres humanos la dicotomía tradicional entre razón y sentimientos, quizás en el asunto que hoy nos atañe el debate no debería ser tanto si de verdad la realidad virtual es o no es un simulacro, sino si realmente es o no necesario decidir al respecto. Y si obligarnos a trazar meridianos imaginarios que pretendan divorciar manifestaciones de una misma realidad, haciéndonos pensar que se trata de dos realidades diferentes, no será igual de artificial y nocivo.



AFERRARSE AL INSTANTE

Como es lógico, algunos nos pasaremos la vida convirtiendo mentalmente los euros en pesetas, al igual que otros tienen fe en los bitcoins. Y puede que ninguno nos llegemos nunca a plantear el verdadero alcance de concepto [dinero fiduciario](#). Los habrá que desdenarán las lágrimas que se vierten sobre los e-mails, y siempre considerarán menos amigo a ese del que sabemos algo todos los días por *whatsapp* o Facebook, que a aquel otro con el que nos ponemos al día una vez al año en persona. Podremos discrepar entre si un personaje como *caranchoa* halla mayor castigo en un bofetón en un mundo real donde no tiene oficio ni beneficio, o en verse obligado a cerrar su perfil en la red social de la que vivía. Del mismo modo que entendemos (o no) una vida en constante comunicación virtual con una deidad cuya existencia no se ha podido demostrar, pero no comprendemos (o sí) que dos personas reales se amen en espacios y tiempos ficticios, como es el caso de Lukas y Aurora en *Vanishing Waves*.

La realidad virtual no es ninguna novedad para nosotros. “Desde tiempos inmemoriales, nuestra inteligencia no ha parado de crear ficciones, de vivir en fantasías, de multiplicar los mundos”, nos dice José Antonio Marina, en *Tratado de Filosofía Zoom*. Y conceptos como el dinero, las distintas monedas o su equivalencia, ideales como la amistad o el amor, conceptos como la bondad, la ética, la justicia, o dios, entre otros, no son más que ficciones que, como los peldaños de una escalera imaginaria, nos permiten ascender por ellos, siempre y cuando sigan existiendo en nuestro imaginario colectivo. En tanto en cuanto compartamos una fe en ellos.

Sabemos que son simulacros, pero aun así existe entre nosotros el acuerdo tácito de disimular la simulación. Acordamos esconder el artefacto. Llegado el caso, incluso lo negamos y, si es preciso, nos peleamos y nos matamos. Todo menos reconocer que nuestra realidad virtual es, en realidad, nuestra única realidad. Vivimos inmersos en sistemas de creencias tan coherentes con las ficciones que hemos elegido entronizar como verdaderas, que incluso llegamos al convencimiento de que se corresponden con realidades completamente independientes de nosotros, objetivas y cognoscibles.

Pero, ¿y si nos atreviéramos a “repensarlo todo”, como nos propone Luciano Concheiro en su obra *Contra el tiempo* (2016)? ¿Y si eligiésemos aceptar su invitación y participar en la confección de un nuevo reglamento para el juego de la vida? ¿Y si nos atreviésemos a liderar una transformación existencial que trastoque no sólo cómo nos comportamos en sociedad, sino también nuestras relaciones con nosotros mismos y con la naturaleza? ¿Y qué es esto que nos plantea Concheiro...? Aferrarnos al instante. “Es lo único que puede enfrentarse al tiempo acelerado”, concluye.

Es probable que vuestro sistema de creencias se oponga a esta idea con toda su artillería. Y estáis en vuestro derecho... Pero en realidad todos hemos soñado alguna vez, ¿no es así? Y durante ese instante que dura el sueño, que juraríamos que son minutos e incluso horas, ¿acaso nuestros temores no son ciertos...? ¿Acaso nuestra risa es menos sincera...? ¿Acaso nuestras carreras, trajines, afanes, caídas y logros no los sentimos como nuestros; en nuestras propias carnes...? ¿Cuántas veces no hemos dado gracias por despertar de una pesadilla...? ¿Cuántas otras no habríamos dado lo que fuese por no despertar jamás de aquel retorno a la inocencia en forma de sueño en el que creímos atisbar el camino de vuelta a casa, al paraíso perdido...?



Sé que suena místico. Y realmente lo es... Pero en realidad todos hemos vivido de una u otra manera esa experiencia temporal particular; esa suspensión del transcurrir de los segundos y las horas de la que os hablo; ese momento estático que apenas dura, pero en el que se hayan contenidos todos los demás tiempos: paseando en silencio, sabiendo escuchar los sonidos que nunca escuchamos; conectándonos a plena conciencia con el entorno; dejando que una canción te baile; escribiendo al dictado de tu alma; riendo a mandíbula batiente, enmarcando el instante en polaroids, con la carcajada como obturador; en una sobremesa con amigos; leyendo poesía en voz alta; mirando a los ojos a la persona a la que amas sin medida, tomándole la mano, manteniendo con ella conversaciones infinitas sin decir ni pío, haciéndole el amor... Suspendidos sin remedio en uno de esos instantes que, sin tener en cuenta los antecedentes ni importar las consecuencias, pasarán inexorablemente a formar parte de tu ADN, y heredarán todos tus frutos.



Si te hablo de ese instante en el que el espíritu finito comprende que está arraigado en el infinito..., ¿entiendes a lo que me refiero? ¿Esa sensación dichosa en la que se te escapa la posibilidad de averiguar cuánto tiempo ha pasado...? Si trato de que visualices ese momento de comunión total con otra persona, o con la naturaleza, en la que se suspendiese la linealidad del tiempo acelerado, en la que te hallases en tu lugar completamente fuera del espacio, y en la que fueses capaz de prescindir del lenguaje para llegar a pronunciar tu propia palabra... ¿serías capaz?

Los aborígenes australianos creen en dos formas del tiempo; dos corrientes paralelas de actividad. Una es la que experimentamos durante la vigilia. La otra es un ciclo infinito espiritual llamado el "Tiempo de Sueño", más real que la realidad misma, un instante más allá del tiempo mensurable en el cual se crea todo. Lo que sea que pase en el tiempo de sueño establece los valores, símbolos y las leyes de la sociedad. ¿Os imagináis que después de pasarnos toda la noche apretando la mano nos despertásemos con ella aun entumecida debajo de la almohada y, al abrirla, descubriésemos que todavía sigue allí, en el fondo del cuenco formado por nuestra palma y nuestros dedos, el pez dorado...? ¿Os imagináis que fuésemos capaces de creer que lo que pescamos en nuestros sueños nos alimentase en la realidad? ¿Os imagináis que tuviésemos fe en los valores, los símbolos y las leyes que imperan en nuestros sueños, de manera que llegasen a regir nuestra existencia...?

¿Y qué te hace pensar que no es realmente así...?